

"Ari el Tonto"

(Una historia de Akasa-puspa)

por Juan Miguel Aguilera y Javier Redal

Todos le llamaban Ari el Tonto.

Era hijo del difunto Yudahia Saitava, modesto campesino vaysia. Era un muchacho delgado, de mirada soñadora. Mientras sus hermanos no tenían otro horizonte que la próxima cosecha, él sentía que le faltaba algo, algo que no sabía definir y que su medio familiar no le daba. Con frecuencia pasaba horas enteras mirando el cielo o las montañas distantes.

Cada vez que pasaba un buhonero, o que algunos de sus vecinos regresaba de una feria distante, Ari le acribillaba a preguntas sobre lo que existía más allá. Sus respuestas no hacían más que aumentar su desazón.

Aquella actitud exasperaba a su padre mientras vivió, y ahora a sus hermanos, que con frecuencia le hacían regresar de sus ensoñaciones con un prosaico pescozón. Pronto aprendió a guardarse sus sentimientos.

Desde su infancia tuvo mala suerte, excepto por una cosa: tres de sus hermanos murieron siendo muy niños en una epidemia. Esto no quiere decir que sus padres le quisieran más, ya que tenían otros seis.

La granja de los Saitava era un tosco edificio de madera, que parecía construido con um montón de troncos reunidos por la escoba de un gigante. No tenía chimenea (un avance demasiado sofisticado para aquel lugar), sino un simple agujero central en el techo. De todos modos no hacía mucha falta: su señor sólo les autorizaba a recoger en el bosque diez cargas de leña anuales. La principal fuente de calor de su familia era el propio calor humano. O animal, ya que el único phante de la familia dormía en la habitación de al lado.

Aquella mañana, Ari se levantó al amanecer de su jergón de paja. Se dirigió a una jofaina llena de agua, rompió la superficie helada y se lavó la cara, resoplando.

Salíó afuera. A pesar de que aún habían parches de nieve en el suelo, el cielo estaba limpio de nubes. Ari se alegró; el invierno se acababa. Se encaminó al pozo a sacar agua. Su hermano mayor también salió.

-Buenos días, Isman -dijo Ari. Su hermano bostezó mientras contestaba:

-Huehoh híhas -y en forma más normal-. Parece que ya viene el buen tiempo. En un mes o así podremos sembrar el centeno.

Isman era el mayor de los hermanos de Ari; desde la muerte de su padre, era el cabeza de familia. Los otros dos hermanos, Danim y Abrami, salían también desperazándose. Sus hermanas, Asima, Anais e Ishar, y su madre Mikal, se afanaban en casa preparándoles la única comida del día, que les llevarían al campo mientras trabajaban. Mientras tanto se limitarían a roer unos trozos de pan de la semana pasada.

-¿Os habéis fijado? -dijo Ari.

-¿En qué? -dijo Abrami.

-El invierno. Cada vez es más corto.

-¿Y qué? -gruñó Isman.

-¿No recuerdas lo que dice el acarya? -dijo Ari-. El Largo Invierno es un signo de la cólera de Dios por nuestros pecados. Cuando hagamos penitencia, los hielos desaparecerán.

Danim sonrió escéptico.

-Si la nieve es el castigo a los pecados... bueno, a estas alturas estaríamos helados hasta el cuello.

Los demás rieron, y se pusieron en marcha.

La casa estaba situada en una ladera que dominaba un pequeño lago, el Arata, donde podían pescar en verano. Los campos familiares no eran de lo mejor: se extendían a lo largo de la ladera, en bancales laboriosamente contruidos con piedras, que solían desmoronarse en los seis largos meses de invierno. Esto exigía una penosa labor de mantenimiento cada primavera.

El paisaje era hermoso, pero para un campesino no eran más que su medio de vida, y tan digno de admiración como un phante. La granja de los Saitava dominaba un extenso valle dividido en parcelas llanas y fértiles, propiedad del señor Haruna y cultivadas por sudras. La familia Saitava poseían su propia tierra.

Tenían suerte de ser vaysias libres; porque los sudras no tenían tierras propias y eran como esclavos. De todos modos, debían trabajar la tierra del señor Haruna un día a la semana. Los sudras debían trabajarla tres de cada semana... y esa era la diferencia entre ser libre y no serlo.

A mediodía, Ari resoplaba fatigado mientras acarreaba un cesto cargado con dos grandes pedruscos; las nevadas habían sido particularmente malignas aquel invierno. Puede que nuestros pecados vayan disminuyendo, pensó, pero aún quedan bastantes.

Ismán y Danim las iban colocando en los bancales, para cerrar las brechas abiertas en invierno. Abrami subía del valle guiando a "Bobo", el phante, que

llevaba a los costados dos grandes sacos llenos de piedras. "Bobo" era un animal viejo y cansado, de piel gris y arrugada. Ya había perdido los colmillos.

Cuando Abrami llegó, los tres hermanos acudieron corriendo a descargarlo. No querían fatigar en exceso al animal, el único que les quedaba, ya que su pareja había muerto aquel invierno. Por ello descendieron las alforjas, mientras "Bobo" arrancaba con su trompa las sabrosas ramas de un arbusto y las masticaba plácidamente.

Ari se alegró cuando finalmente ellos también hicieron una pausa para comer. Estaba agotado, y el estómago le rugía. Habían pasado muchas horas desde la comida anterior.

Sentados alrededor del pan y el tocino seco, y como siempre que tenían una oportunidad, Isman y Danim empezaron a discutir.

-Te digo que esto no es vida, Isman -exclamó Danim-. Este es el último año que voy a partirme la espalda en esta granja.

-¿Y a dónde vas a ir, estúpido? -dijo Isman.

-Con Zafig el Sanguinario.

-Estás loco -dijo despectivamente su hermano mayor.

-Los locos sois vosotros -replicó-. ¿No os dais cuenta de la clase de vida que llevamos? -contó con los dedos-. Debemos proporcionar al señor madera, huevos, carne fresca o en salazón, pescado, embutidos, leche y queso de phante hembra, lana, cuero, fruta, hortalizas, patatas, vino, cerveza, cera...

-Y fabricarle muebles -interrumpió Ari-, barriles, ropas, alfarería...

Danim bufó, lanzándole a Ari una mirada helada, y continuó.

-Sin contar regalos más grandes en los cumpleaños del señor o su esposa, en las bodas de sus hijos e hijas, y en otras ocasiones solemnes que le sirven de pretexto para más mordiscos. Por ejemplo, si al rey le da por hacerle una visita, por supuesto se alojará en el castillo, y nos aumentarán los tributos de víveres o vino.

"Y no digamos si nuestro señor cae prisionero en una guerra, porque deberemos contribuir a su rescate, que no será precisamente pequeño...

"Y no olvidemos los donativos a los acaryas, casi igual de grandes...

-Sí -replicó Isman, cuando Danim hizo una pausa para tomar aliento-. Pero el resto del producto de la granja nos lo quedamos nosotros. Nos queda lo bastante para comer.

-Sí, lo que necesita un sanyasin que ayuna todos los días -dijo Danim con amarga ironía-. Tenemos tierras, sí, pero ¿de qué nos sirven? Somos esclavos de Haruna. ¿De qué le sirvieron a nuestro padre sus tierras? Toda su vida se partió la espalda como un sudra para acabar muriendo como un perro.

Isman no quiso dar su brazo a torcer.

-Nuestro padre estaba orgulloso de ser vaysia. Y tú eres un desagradecido que no sabe lo que tiene. Mira a esos de ahí abajo -señaló al valle-; al menos podemos comer. Si falta algo por pagar al señor, siempre podemos echar la culpa al pedrisco, o a los dingos, y recuerda que el señor Haruna tiene lagunas en sus conocimientos matemáticos -lanzó una carcajada, que hizo fruncir el ceño a Danim- y encuentra difícil comprobar las cuentas de sus vasallos. Claro que las cuentas le importan muy poco...

-Puede que tú te conformes con ir comiendo de lo que a Haruna se le despista, pero esa no es vida para mí.

-¡Estoy de acuerdo! -dijo Ari llevado por un impulso. El también había estado pensando mucho en todo aquello-. Hay lugares, cerca del mar donde las ciudades son grandes, allí hay oportunidades para aprender un oficio bien pagado, como herrero o carpintero, o incluso marino...

Danim le dio un bofetón, haciéndole callar.

-¡Te he dicho mil veces que no te metas en las conversaciones de tus mayores! -rugió. Se levantó rojo de ira y se alejó de ellos.

-No le des importancia, Ari -dijo Isman-. Danim está amargado desde la muerte de padre. Ya se le pasará. De todos modos es difícil entrar en esos oficios que dices. Quien no tiene un pariente en un gremio lo tiene muy mal.

Danim se volvió hacia ellos gritando:

-¡Mirad!

Su dedo señalaba a lo lejos, hacia el castillo del señor Haruna. Se veía un grupo de figuras, cabalgando en phantes, sobre las que brillaban puntitos plateados. Los cuatro hermanos sabían perfectamente lo que significaba.

-¡Otra maldita guerra! -rezongó Abrami-. ¿Contra quién será?

-Supongo que otra vez se habrá peleado con el señor Gruda -dijo Isman-. Esta vez no han esperado a que empiece la sementera. Seguro que quiere darle una sorpresa.

-¿Y qué hacemos? -preguntó Ari.

-Tú -le ordenó Isman-, escóndete en la cueva del otro lado de la colina con "Bobo". Nosotros bajaremos con madre y nuestras hermanas.

-No -replicó Ari-. Yo voy con vosotros.

-Escucha, renacuajo -le gritó su hermano-; haz lo que te digo. No te dejes ver, y ya iremos a recogerte. Y, sobre todo, no te muevas. Si nos quitan el phante, ¿quién va a tirar del arado?

Ari trepó al phante y lo guió, rodeando la colina en dirección a la cueva. El animal marchó alegremente, según le pareció a Ari. Sus amos no le habían hecho cargar aquellos estúpidos pedruscos.

Pero entrar en una cueva era otra cuestión. Aquella oscura boca bostezante no le gustaba, y se negó a moverse.

Ari trató de empujarle, pero un animal de una tonelada no es fácil de mover. Le tiró infructuosamente de la trompa. Desesperado, sacó un mendrugo de pan del bolsillo y se lo ofreció, mientras caminaba de espaldas a la cueva. De este modo logró que el enorme animal se dignase obedecerle.

Las horas fueron pasando lentamente. Ari ató el ronzal del phante a una estalactita (aunque dudaba de que resistiera si el animal se ponía nervioso). Aburrido, recorrió la caverna, donde su familia solía guardar algunas provisiones para que se conservasen mejor en invierno.

No quedaba nada más que el extremo de un chorizo reseco. Lo masticó tristemente a la entrada de la cueva, a la luz del crepúsculo.

Se quedó dormido. Soñó que era un marino en una de aquellas naves de las que hablaban los acaryas, las naves que viajaban por los cielos impulsadas por la luz de las estrellas. En su sueño era el capitán de la nave, y cuando daba una orden, todos los marineros (cuyas caras recordaban mucho a las de sus hermanos) la obedecían de inmediato.

Soñó que viajaba de planeta en planeta, de mundo en mundo, peleando con negros dragones, como se decía que hacían los hombres antes de que Dios castigase al mundo por sus pecados; antes de que los ángeles de Dios destruyesen la torre que llegaba al cielo y empezasen los crudos inviernos...

Despertó con un sobresalto. Por un momento, realidad y sueño se mezclaron en su cabeza, pensando que la torre del cielo se había partido justo bajo él. Aún parpadeando, se dirigió a la boca de la cueva.

Las estrellas aún eran un espectáculo nuevo para él. En su niñez, el cielo estaba siempre cubierto de nubes; sólo años más tarde, la capa de nubes empezó a desaparecer en los veranos.

Las estrellas se amontonaban en el cielo nocturno como granos de trigo en la era después de la trilla, hasta el punto de que sólo las más próximas eran reconocibles de una noche a otra. La posición de las estrellas mayores le indicó que la noche estaba muy avanzada.

Se sintió inquieto. Sus hermanos no habían venido a buscarle.

Decidió regresar a casa. ¿Se llevaría el phante? Pensó dejarlo allí, pero el animal se asustaría. Finalmente se lo llevó. Lo que hubiese pasado debía ser grave, y no importaría un phante más o menos. Con el corazón invadido de negros presagios, inició el camino de vuelta. No tuvo problemas en encontrar el sendero; la luz de las estrellas era casi tan intensa como la del sol de día.

Llegó finalmente a casa, y sus peores temores se confirmaron; su madre le explicó entre llantos que los soldados se habían llevado a sus tres hermanos con ellos. Vio a sus hermanas sollozando en un rincón, asustadas y magulladas porque habían sido maltratadas por las tropas de Haruna. Sus ropas habían sido destrozadas, y ellas tapaban su desnudez, y los cardenales que cubrían sus cuerpos con unas improvisadas telas de saco. Había sucedido algo más, pero Ari no consiguió que se lo contasen.

Ari sintió una furia que le hizo comprender los sentimientos de Danim. Cogió la guadaña, y anunció fieramente que iba a vengarse; finalmente su madre le convenció de que ahora era el hombre de la casa y no debía hacer locuras. Le necesitaban. Sintió una especie de orgullo, un nuevo sentimiento desconocido hasta entonces para él, que le hizo avergonzarse.

Ari pasó el resto de la noche sin dormir, tendido en el jergón. Ahora que no lo veían, lloró de miedo e incertidumbre.

La semana siguiente fue la más gris, triste y oscura que recordaba tras la muerte de su padre.

Echaba mucho de menos a sus hermanos, a pesar de que siempre le habían tratado como a un tonto. Los echaba de menos, sobre todo, mientras acarreaba piedras y más piedras para reparar aquellos malditos bancales que, se temía, no iba a poder sembrar ni cosechar él solo.

Un día, su madre Mikal le dijo:

-Ari, así no podemos seguir.

-No, madre.

-Tú solo no podrás con todo. Tus hermanas y yo te ayudaremos en lo que podamos, pero será demasiada labor.

-Sí, madre.

Mikal suspiró.

-Es una pena que se muriese la hembra phante. Al menos tendríamos leche.

Ari replicó:

-Tenemos lo que tenemos. No hay mucho donde elegir.

-He pensado una cosa: podrías llevar al phante a Hamasdar y...

-¿Llevar a "Bobo"? -se extrañó Ari-. ¿Para qué?

-Para venderlo.

-¡¿Vender a "Bobo"?! -Ari la miró como si se hubiese vuelto loca- ¿Cómo vamos a cultivar la tierra?

-Sin tus hermanos, no podemos hacerlo. En cambio, podríamos cambiarlo por gallinas o cerdos... para criarlos no necesitamos un animal de tiro. Y en eso sí que podríamos ayudarte.

-Entiendo -dijo tristemente Ari-. Pero vender al pobre "Bobo"...

-Como tú has dicho, no tenemos donde elegir -su madre le habló fríamente. Le exasperaba el cariño de Ari por aquel animal viejo y estúpido-. Podemos aguantar hasta que vuelvan tus hermanos.

Ari replicó:

-Sí, pero aunque regresen, tanpoco podremos cultivar la tierra sin el phante.

-Entonces ya veremos.

La voz de su madre no admitía réplica. Ari pensó que ser "el hombre de la casa" no era como se lo había imaginado.

Aquel día, Ari sacó a "Bobo" de casa, lo limpió y acicaló como nunca lo había estado, montó sobre él y tomó el sendero que llevaba al pueblo. A pesar de sentirse entristecido por separarse de "Bobo", estaba excitado ante la idea de ver Hamasdar en día de mercado. No había estado allí desde que su padre le había llevado a una feria de ganado, precisamente cuando compró a "Bobo". Lo cierto era que apenas lo recordaba, excepto que todo le pareció maravilloso.

Y había contribuido a despertar sus viejos sueños con lo desconocido.

Hamasdar era poco más que una calle flanqueada por algunas casas de ladrillo, más allá de las cuales se extendían chozas de aspecto cada vez más decrepito, hasta la ribera del río Hiykima. Al fondo estaba el templo, que era con mucho el edificio más grande del pueblo.

Todos los aldeanos estaban orgullosos del edificio; después de todo, todos habían contribuido a la construcción: tanto pagando el impuesto religioso, como

acarreando piedras, labrándolas, izándolas, fabricando cemento y mortero, cortando árboles, fabricando sillas, reclinatorios, púlpitos. El resultado era un soberbio edificio que se alzaba a treinta metros sobre las chozas.

La calle mayor estaba atestada de hombres, carros y phantes. Se habían dado cita gentes de muchos kilómetros alrededor, los unos para vender ganado, telas tejidas con lana, salazones, quesos, o embutidos, los otros para comprar artículos que no podían fabricar ellos mismos.

Los mercaderes voceaban a las puertas de sus tiendas de colores vivos, o de sus engalanados carromatos, de los que surgía el humo de las chimeneas, agitando los brazos pregonando las excelencias de sus productos: telas, perfumes, metales, cueros, muebles, lámparas de aceite, joyas. El olor del sándalo se mezclaba con el de las cebollas, ajos, perfumes, comidas, humos, excrementos de phante. Los vaisyas, sudorosos y con mirada curiosa, iban de un puesto a otro, mirando, palpando, oliendo, tocando, y poniendo a prueba la paciencia de los vendedores. Luego regateaban minuciosamente céntimo a céntimo, mientras invocaban con los ojos en el cielo su pobreza, y el mercader se lamentaba de la suerte de sus hijos (cuyo padre iba a verse en la ruina por su generosidad).

-¡Mirad qué par de zapatos! Cuero de dingo de excelente calidad, y sólo por...

-¿Te crees que soy estúpido? Ese phante es más viejo que mi suegra, Kamsa la maldiga...

-Diez piezas de cobre son mucho.

-No, muñeco, por ese precio no me acuesto ni con Krishna.

-¡Dos alfombras al precio de una! ¡Sólo por hoy!

-¡Magníficas sillas de montar!

-Por sólo cinco piezas de cobre, grabo vuestro nombre en la pulsera...

-Vamos, señor, decídase.

-¿Huele mal el pescado? ¡Especies traídas del otro lado del Mar Verde mejoran su sabor! ¡No encontraréis a mejor precio!

-¡Al ladrón, al ladrón!

Otros se dedicaban a servicios para los viajeros: unos habían instalado puestos de comida rápida donde se servía pescado frito, morcillas, o tortillas con pan; otros pregonaban las excelencias de su posada, donde a las camas se les cambiaba la paja cada tres días y donde se mataba a las chinches con vapores de azufre, y donde la comida era tan buena como el prasada. Mujeres llamativamente vestidas con velos transparentes y algunas joyas se dirigían a los hombres con voz amable, o los llamaban desde la puerta de las casas. No

faltaban magos callejeros que aliviaban rápidamente a los compradores del peso de sus monedas... o carteristas que hacían lo mismo con mayor rapidez.

Ari se sentía aturdido. Pocas veces había visto más de seis caras al mismo tiempo, y generalmente eran las de sus hermanos. La agitación, el griterío y el mar de rostros le mareaban.

Miró embobado a un individuo que hacía un extraño juego con tres cáscaras de nuez y un guisante. El asunto era descubrir dónde estaba oculto cuando aquel tipo los intercambiaba de sitio rápidamente.

Un individuo bien vestido, pero con cara de tener pocas luces, fue rápidamente desplumado. Cuando protestó, diciendo que habían hecho trampa, otro tipo corpulento que estaba a su lado lo hizo callar de un discreto puñetazo en el estómago. El bien vestido se alejó maldiciendo furiosamente.

Ari se encogió de hombros y siguió su camino, haciéndose la promesa de que a él no lo engañarían. Una muchacha lo miró apreciativamente, pero no debió parecerle muy adinerado, porque se alejó rápidamente.

Por fin localizó el sector que buscaba. El amplio terreno estaba cubierto por cercados, donde balaban, barritaban o gruñían toda clase de animales.

-¿Buscas un buen animal, muchacho?

Era un hombre gordo, vestido con una chilaba de colores chillones, sombrero con plumas y pantalones verdes. Calzaba unas sandalias de piel de dingo. Su boca era de labios gruesos, rodeada por una perilla de escasos pelos grasientos, y mascaba una raíz aromática que teñía sus dientes de azul. Sus ojillos relucientes y penetrantes lo examinaron de pies a cabeza.

-Eh, no -dijo Ari-. Quiero cambiar este animal por diez docenas de gallinas, o cinco cerdos.

-¿Sólo diez docenas de gallinas por un animal tan excelente? -las cejas del mercedar se alzaron-. Muchacho, tú eres novato en este asunto. Menos mal que has tropezado conmigo, el Honrado Job. Así es como me llaman, desde la costa del Mar Verde hasta las montañas de Niquel. Pregunta a cualquiera a lo largo de esta ruta, muchacho. "Ah, el Honrado Job. ¡Da gusto hacer un trato con Job! ¡Siempre puedes estar seguro de que precio y calidad van juntos!".

-¿Y no conoce a alguien más cerca al que puede preguntar? -dijo Ari. El Honrado Job carraspeó un poco y sonrió.

-Bueno, mis colegas competidores no me tienen mucho aprecio. Algunos son un embusteros redomados. No como el Honrado Job. Seguro que cualquier otro hubiera aceptado ese precio por este magnífico animal, y te puedo asegurar que te hubiera timado miserablemente.

Se acercó a "Bobo", que lanzó un furioso resoplido. Ari lo tranquilizó.

-Tiene mucho miedo a los extraños -dijo Ari excusándose.

-Claro, claro. Esa es una virtud de animal leal y noble -el Honrado Job examinó sus dientes y las uñas de las cuatro patas. Preguntó con recelo:- ¿Qué ha pasado con sus colmillos?

Ari procuró poner cara de inocente.

-Se los rompió... eh... cuando rescató a mi hermano de morir aplastado por una roca. La levantó en vilo con los colmillos.

-¡Ah! -dijo dubitativo el Honrado Job. Le palmeó el lomo a "Bobo".

-Es un magnífico ejemplar; te lo dice un experto. Puedes sacar mucho de él, mucho más que diez docenas de gallinas. Has tenido suerte de tropezar con el Honrado Job. -le dijo al oído, mirando con sospecha a un lado y a otro-. Hay por aquí muchos desaprensivos.

-Entiendo. Bueno, entonces quiero quince docenas o siete cerdos.

El honrado Job suspiró.

-Muchacho, no me has entendido. Este animal vale mucho más. Echa una mirada por ahí y verás venderse animales mucho peores que el tuyo por mucho más.

-De acuerdo. Aguárdeme un instante -Ari se dio la vuelta.

-Eh, espera un momento -el mercader le cogió del brazo-. No tengas tanta prisa, muchacho, las prisas no son buenas a la hora de hacer negocios. Sí, el viejo Honrado Job te ayudará, y no te cobrará nada a cambio por sus servicios de asesor. ¿Quieres ver algo realmente interesante? Algo que vale más que diez docenas de gallinas, más que quince docenas de gallinas, más incluso que veinte docenas de gallinas o diez cerdos.

Ari le siguió hasta la parte de atrás de su tienda. Allí tenía un carromato de unos dos metros de largo por uno y medio de ancho, de madera, y con cuatro grandes ruedas con aros de metal. La carga estaba tapada por una raída manta rayada en azul y verde. El mercader apoyó un grueso brazo sobre la manta.

-¿Qué crees que tengo aquí, muchacho? Ni en un millón de años lo adivinarías.

-Pero yo lo que busco son gallinas. O cerdos.

-Sí, sí -asintió pacientemente el Honrado Job-. Escucha, chico, ¿has oído alguna vez hablar de los veleros celestiales? Las naves que saltan de un planeta a otro como pulgas de un dingo a otro. Llevando en su interior a hombres, aparentemente como tú o como yo, pero en realidad tan poderosos

como dioses. Que lidian magníficas batallas en los cielos luchando con lanzas y espadas de luz... ¿Sabes de lo que te estoy hablando, muchacho?

Ari asintió con la cabeza. La excitación y la curiosidad ascendían por su pecho. Recordaba que eran historias que su padre le contaba cuando era un niño, y luego había soñado con ellas unas y otra vez. Sueños tan vívidos que, cuando despertaba, le parecía mentira que no fueran reales, más reales incluso que la vida triste y gris que le había tocado vivir. Y ahora aquel hombre le hablaba de sus sueños como si él mismo los hubiera compartido.

-S...sí -tartamudeó-, creo que sí. Naves impulsadas por velas de luz. Máquinas que piensan y hablan como hombres. Princesas atrapadas por dragones... El mercader sonrió ampliamente, exhibiendo sus dientes teñidos de azul, y le dio una palmadita en el hombro.

-Eso es, eso es. Eres un muchacho tremendamente listo.

-Pero... ¿qué tiene eso que ver con...? -¿No lo imaginas? -y dirigió una mirada hacia el carromato y la manta azul y verde.

-No, no es posible. ¿Qué...? Con un rápido gesto, el mercader arrancó la manta descubriendo un objeto metálico de forma extraña.

Ocupaba toda la caja del carromato, y tenía la forma aproximada de una piedra rectangular desgastada por el agua. Por delante y por detrás, la parte superior formaba una curva suave, pero los lados eran planos. La superficie parecía quemada y oxidada en algunos puntos.

Los costados planos estaban partidos por una ranura, a cuyo través se veía algo confuso. Parecían piezas de metal, pequeñas y cubiertas de grasa, polvo y barro, pero era difícil verlas. La ranura tenía menos anchura que el grosor de un dedo.

Mikal Saitava vio llegar a su hijo Ari cuando regresaba a casa. Pero... *¿qué traía aquel muchacho?* Venía en un carro tirado por un phante y acompañado de Tubal, un vecino que vivía en una granja tras la colina. En la caja del carro había algo tapado por una manta.

El carro se detuvo al pie del sendero. Allí, Tubal desenganchó el carro y se fue, montado en el phante.

-¡Asima! -llamó Mikal-. ¡Anais! ¡Ishar! Vuestro hermano ha vuelto del pueblo.

Las tres muchachas salieron de la casa y bajaron al encuentro de Ari, que se esforzaba en tirar cuesta arriba del carro con ayuda de un arnés.

Ari las vio llegar, mientras resoplaba como un fuelle, inclinado, jadeando y sudoroso.

-Espera, espera que te ayudemos -dijo Asima. Sus hermanas empujaron desde atrás, y entre todos consiguieron llevarla hasta la casa.

Ari, jadeando, se acercó al pozo y se mojó abundantemente la cabeza. Su madre miraba dubitativamente al carro.

-Caramba, ¿cuántas gallinas has conseguido? ¿Y por qué las llevas tapadas con esa manta? ¿No sabes que se pueden asfixiar?

Fue a tirar de la manta, y Ari trató de decir entre jadeos:

-No... esp... espera... y te... expl... expli...

-Pero, ¿QUE ES ESTO?

Mikal contemplaba con asombro aquel montón de hierro, mientras las hermanas de Ari hacían lo mismo murmurando.

-Escuch... déjame... que te... lo explique.

-Mejor que sea una buena explicación, Ari Bar Yuhadia Saitava. ¿Qué se supone que es este montón de chatarra? ¿Dónde está el phante? ¿Dónde están las gallinas? Bien, estoy esperando con impaciencia.

Ari trató de ordenar sus pensamientos.

-Pues... verás, madre... esto es... ehh... bueno, no te lo vas a creer...

-Eso me estoy temiendo. ¿QUIERES HABLAR CLARO, ESTÚPIDO? ¿*Dónde está nuestro phante?*

-Lo cambié por esto -señaló muy orgulloso al objeto.

Su madre respiró profundamente.

-Así que lo cambiaste por esto. Bien. Y, repito, ¿*qué es esto?*

-Esto que ves aquí... en realidad... es una nave celeste de los antiguos. Una nave capaz de viajar por el cielo.

Su madre abrió mucho los ojos. Sus tres hermanas soltaron una carcajada.

-Oh, no -dijo Ishar-, por todos los cielos, estás bromeando, ¿verdad? ¿Dónde has escondido las gallinas?

-No, no, esperad, no me has entendido. Esto... puede sacarnos de aquí. Puede llevarnos a otro mundo donde ya no tendremos más problemas. Sólo necesita una buena limpieza y... Su madre murmuró con voz débil:

-Entonces, es cierto. Has cambiado nuestro phante -su voz fue aumentando de intensidad con cada palabra-, la única propiedad valiosa que teníamos, ¡por este infame montón de chatarra!

-Pero, madre, no es un montón de chatarra, es...

Su madre no le escuchaba. Se metió en casa llorando, mientras sus hijas corrían tras ella.

Ari se quedó solo, sin saber si debía ir a calmar a su madre. Prefirió esperar a que pasara la tormenta. Además, si entraba ahora, lo más probable es que recibiera una cacerola en la cabeza.

Para esperar, se puso a limpiar la máquina de los antiguos. Lógicamente, no sabía mucho de mecánica, pero sabía que unos engranajes no funcionan estando sucios.

Sacó un cubo de agua del pozo, se quitó la camisa, la mojó en agua y empezó a desincrustar la suciedad y el cieno que había a lo largo de una de las ranuras laterales. Era un trabajo difícil; el barro y la grasa habían formado una costra insoluble, de modo que debía ablandar un poco la arcilla con agua y rascar.

Encontró un pequeño saliente de metal o algo así, enterrado en la suciedad. Lo frotó con tanta fuerza que se movió.

La máquina hizo *click*.

Ari parpadeó. ¿Había sonado dentro de la máquina?

La máquina hizo *click-rrrr-click-clack-rrrr*. Indudablemente era la máquina.

Cada vez más asombrado, se inclinó. No vio nada... espera, ¿había una luz roja en el interior de la ranura?

Puso las manos formando visera y miró dentro. Sí, no había duda, una luz roja que parpadeaba. A través de sus manos le llegó una vibración.

Cada vez más excitado, Ari puso la oreja sobre el objeto. ¡Se oía un débil zumbido casi imperceptible!

A cuarenta mil kilómetros sobre la cabeza de Ari, Djín/WZX-732 volvió de nuevo a la vida.

Había transcurrido mucho tiempo desde entrara en estado pasivo. Ahora por fin una de sus "semillas" emitía una señal positiva.

Djín/WZX-732 desplegó sus sentidos mecánicos y empezó a estudiar el planeta que tenía debajo.

La temperatura había aumentado desde la última inspección. El planeta seguía cubierto de masas de hielo hasta el paralelo 32. Pero en el Ecuador se veían numerosas manchas verdes, que mostraba la típica banda de absorción de la clorofila: vegetación. También habían numerosos lagos glaciares salpicándolo. La temperatura media del suelo era de 23 grados centígrados. La del agua era de 15 grados.

Lanzó un breve rayo laser al suelo nevado. El contenido de partículas del aire, indicado por la absorción del rayo reflejado, era muy inferior al requerido para el "efecto de espejo": apenas reflejaba un 0,73 % de la luz incidente.

Una vez conocida la absorción del rayo por el aire, pudo medir el albedo del planeta. Las zonas nevadas poseían un albedo de 0,9982, como era de esperar. Pero la zona ecuatorial tenía un albedo de 0,54.

La conclusión era que el planeta era de nuevo viable. La señal de la "semilla" indicaba además que había vida humana en él. Contra todo pronóstico, los hombres se las habían arreglado para sobrevivir en aquel mundo helado.

De haber sido un ser humano, y no una máquina, habría sentido orgullo por su perseverancia. Pero en su caso, lo único que había hecho había sido cumplir con su programación.

Pasó a la siguiente fase del programa. Utilizando sus telescopios detectó en el cercano cinturón asteroidal aquello que necesitaba, y lanzó a sus "cohetes-obreras" para que realizaran su labor.

Un poco de acción no le iba a venir mal. Tener algo que hacer era importante, incluso para una mente artificial.

Ari estaba tan absorto escuchando el zumbido que salía de la máquina, que se sobresaltó cuando una mano le apretó el hombro y le hizo girar. Se encontró frente al furioso rostro de su madre.

-Cuando eras pequeño, hijito -dijo apretando los dientes-, tu padre, tus hermanos y los vecinos dijeron que un asura te había robado la mitad del cerebro. Yo nunca los creí. Tenía razón: te lo robó entero.

Todo sucedió muy aprisa. Su madre destrabó el freno del carro y, con una fuerza insospechada, lo empujó ladera abajo.

Ari trató de cogerlo, pero aguardó demasiado, y cuando se lanzó a él, ya iba demasiado rápido. Su madre lo cogió.

-¡Quieto ahí! Quizá pueda cambiarte en el mercado por una estufa de hierro.

Ari no estaba seguro de que su madre no hablase en serio. Sin poder hacer nada, vio cómo el carro corría ladera abajo a una velocidad de vértigo.

El carro se bamboleó y perdió una rueda, que le acompañó en la caída unos metros, como siguiéndolo con desamparo. Luego quedó inmóvil.

Saltó otra rueda. Y otra. Y otra. El carro iba tan veloz que no se detuvo, resbalando sobre su parte inferior como un trineo, arrancando matorrales y haciendo elevarse un rastro de polvo que quedaba tras él.

Al llegar al lago Arata, patinando sobre su ribera ya en horizontal y a gran velocidad, el carro saltó sobre el agua una, dos veces, y se detuvo justo en el centro. Y se hundió como una piedra. Sólo quedaron en la superficie unas burbujas de aire.

Aquella noche, la familia cenó pan con un poco de aceite y ajo, en un silencio lúgubre. Ari se acostó, sin pegar ojo en toda la noche. No dejaba de pensar en sus visiones de naves espaciales, aventuras en las estrellas, viajes a mundos exóticos; en todo aquello que, ahora sí, sabía que había perdido para siempre.

Al día siguiente, Ari fue a casa de su vecino Tubal y se ofreció a trabajar en su granja a cambio de comida. Tubal vivía solo, pues su mujer e hijos habían muerto o se habían marchado, era un hombre demasiado viejo para ir a la guerra, de modo que aceptó encantado.

Durante las siguientes semanas, Ari trabajó y trabajó. Se levantaba temprano e iba a la granja de Tubal, donde ordeñaba a la phante hembra. Tarea nada fácil, complicada por el maligno temperamento de la bestia, poco inclinada a cooperar con un extraño. Luego arrancaba las malas hierbas, cavaba la huerta para plantar hortalizas; segaba forraje y lo llevaba al establo. Trabajaba hasta el anochecer, en que volvía a casa con un pellejo de aceite, un saquito de harina, un trozo de queso. Poco a poco el ceño de su madre se fue alisando, aunque aún seguía sin hablarle. Y también poco a poco se iba olvidando de aquel timador que le vendió aquel absurdo montón de metal.

De vez en cuando, un buhonero o algún vecino al pasar traía noticias de la guerrita que libraban los señores Haruna y Gruda. Parece que ambos se estaban cansando del asunto, y pronto terminaría.

Ari estaba ansioso de volver a ver a sus hermanos. Aunque la primera medida que Isman tomase fuera darle una paliza.

Una noche regresaba tranquilamente a su casa con un saco de algarrobas. Normalmente era para los cerdos, pero como su familia no los tenía, podía darle otras utilidades. Su madre sabía hacer un pastel estupendo con ellas.

Al pasar por el camino que subía hacia casa, junto al lago, oyó un ruido raro. Se detuvo un momento y, dejando el saco, trató de escuchar. Era como un burbujeo; por un instante imaginó a un gigante haciendo gárgaras.

Miró hacia el lago Arata. No había nada.

El agua reflejaba la luz de las numerosas estrellas, que bailaban inquietas. El agua no estaba tranquila, como debía estar en esta noche sin viento. Miró alrededor, y nada, ni una brizna de viento. A su lado los chopos parecían congelados.

Numerosas ondas llegaban a la orilla, rebotaban, y volvían hacia el centro del lago.

El burbujeo fue en aumento. Ari vio cómo se formaban pequeños surtidores de espuma en el centro del lago. El reflejo de las estrellas desapareció por completo. Entonces los árboles también empezaron a agitarse; y no sólo los árboles, la tierra vibraba bajo sus pies. El burbujeo seguía aumentando.

Retrocedió un paso, y notó cómo el pánico empezaba a apoderarse de él. Se tambaleó; ahora no tenía duda, la tierra se agitaba bajo él. Era un terremoto, había oído hablar de ellos, pero jamás había vivido uno. Intentó recordar qué era lo mejor que podía hacer.

Hubo una tremenda explosión en el centro del lago. Ari cayó de espaldas, lastimándose el trasero. Un surtidor se elevó hacia los cielos, como una inmensa columna de agua y vapor. El agua cayó sobre él, mezclada con lodo.

Sintió cómo su piel se quemaba, y ya no esperó más. Echó a correr ladera arriba, con la mente en blanco, sin ningún otro pensamiento aparte del de ponerse a salvo. Y no paró de correr hasta que estuvo en su casa. Su madre y hermanas habían salido de la choza, y se abrazaron a él presas del histerismo.

Entonces volvió la vista de nuevo hacia el lago Arata. El surtidor parecía elevarse hasta casi alcanzar las estrellas. Ahora se escuchaba un nuevo ruido, como de succión. Vio también pequeñas lucecitas avanzando por el valle, antorchas sin duda. Aquella noche nadie en kilómetros a la redonda debía de estar durmiendo demasiado.

El fenómeno duró hasta la mitad de la noche, y entonces cesó tan bruscamente como se había iniciado. El surtidor desapareció, así como el temblor de tierra.

Una vez en el interior de la choza, su madre le aplicó aceite sobre las quemaduras. Tenía la piel del brazo izquierdo quemada y enrojecida, así como el pecho, y parte del cuello y mejilla izquierda.

A la mañana siguiente bajó al lago Arata. Podía decirse que todos sus vecinos se habían congregado; nadie parecía tener nada que hacer aquella mañana. Estaban reunidos en las riberas del lago... o lo que quedaba de él, comentando agitados lo sucedido por la noche.

-¿Qué asuras pasa?

-Y yo qué sé.

-Asuras, eso es lo que es. El lago Arata está maldito.

-Tenemos que llamar al acarya para que haga un exorcismo al lago.

-¿Qué lago?

Llegó hasta el borde de lo que había sido el lago, y observó la amplia llanura cubierta de barro y peces muertos. En el centro había un agujero. Por supuesto, nadie se había atrevido a acercarse.

Pero Ari sabía algo que ellos no sabían. Aquel era el punto exacto en que se había hundido la máquina que le había vendido aquel truhán.

Sintió un repentino deseo de acercarse. Y lo hizo.

-¿Adónde vas, muchacho? -le dijo Tubal, cogiéndole el brazo.

-A ver lo que hay en el agujero -dijo Ari como si fuese lo más normal del mundo. Tubal boqueó de asombro y lo soltó.

-¿Quién es ese? -preguntó alguien.

-Ari, el hijo de Yuhadia.

-¿Ari el tonto?

-Chisss.

-Tonto, pero valiente.

-Por eso mismo lo digo.

Ari chapoteaba, hundiéndose en el fango hasta las rodillas. Por todas partes habían charcos medio secos, donde se habían refugiado algunos peces, ahora muertos en su mayoría. Unos pocos aún daban coletazos.

Era un espectáculo tan deprimente como extraordinario. El lago Arata tenía unos cinco kilómetros de diámetro, y se extendía a su alrededor plano como una mesa. Se fijó en que el suelo tenía un aspecto raro: habían capas de cieno negruzco y maloliente, alternando con capas de color más claro. Era tan extraño que se detuvo un momento a verlo. Luego se encogió de hombros y siguió.

Lo primero que perdió fueron sus zuecos. Trató de recuperarlos, pero no pudo. A medida que caminaba empezó a arrepentirse de su decisión.

Pero sus amigos y vecinos le miraban desde las orillas como si fuera uno de los caballeros del rey, cabalgando en un torneo. De modo que siguió.

Cuando estuvo cerca del agujero, se aproximó con cautela. En el borde opuesto aún caían chorros de agua y pequeñas cascadas de fango. Notó cómo

el terreno se movía bajo sus pies, y dio un paso atrás... justo a tiempo. El borde se derrumbó y cayó dentro con un chapoteo.

Pensó en una forma de aproximarse sin peligro. Se tendió en el cieno y se arrastró poco a poco al borde.

El agujero tenía unos veinte metros o así de ancho. Sus paredes eran casi verticales, y las capas de barro eran a franjas claras y oscuras. Se arrastró más hacia el borde. El agujero era muy profundo, casi cien metros. Esforzando la vista, creyó ver algunas cosas que se movían en las paredes. Pero no estaba seguro.

Nada más... un momento. ¿Había visto algo en el centro? ¿Un brillo plateado?

Se puso una mano haciendo visera sobre la frente, manchándose en pelo. Entrecerró los ojos, y ahora estuvo seguro de que veía algo.

Era como un cable muy fino, como un hilo de coser brillante como la plata, que estaba vertical en el mismo centro del agujero. Lo siguió con la vista hacia abajo; no pudo ver el fin, pero estaba convencido de que seguía y seguía hasta el mismo fondo.

Miró hacia arriba. Ahora que sabía dónde estaba, era fácil verlo frente el fondo. El hilo subía... y subía... y subía. Lo perdió de vista. Permaneció tendido junto al agujero, pensando. Pero aquello estaba tan alejado de su experiencia ordinaria que no vio ningún significado. Un hilo finísimo que surgía de las entrañas de la tierra y se alzaba hacia el cielo... tuvo la sospecha de que, así como surgía del interior de la tierra a gran profundidad, se elevaba hasta el mismo cielo.

¿Pero de dónde colgaría? Un hilo así no podría sostenerse por su propio peso.

Pensativamente volvió a la orilla. Al llegar, sus vecinos le interrogaron ansiosamente, y él les contó lo que había visto, excepto lo del hilo.

-En cierta ocasión -dijo Hakim el herrero- tuve un pozo en el que se instaló un asura. Me estuvo molestando mucho tiempo. Un buen día, surgió un líquido negro y espeso, como aceite, que ardía con facilidad (lo que demuestra claramente su origen infernal). Tuvimos que taponarlo con piedras bendecidas por el acarya. ¿Has notado un olor muy penetrante en el pozo, Ari?

-¿Olor? No, nada de eso.

-Quizás algún espíritu subterráneo sentía sed y abrió el agujero. -sugirió el zapatero.

Todos encontraron la hipótesis muy razonable.

Aquella noche, Ari no podía dormir. No podía arrancarse de la cabeza los extraños sucesos de que había sido testigo.

Inquieto, dio vueltas en su jergón durante varias horas. Finalmente se decidió. Se levantó y descendió por el sendero hasta la orilla del lago seco.

Trató de buscar el hilo, pero era difícil de ver. No por que fuese de noche, ya que no había oscuridad. Las incontables estrellas tapizaban el cielo en tal cantidad, que su luz, sumada, permitía ver con claridad. Pero el hilo era tan delgado... Ari no se sentía con ánimos para chapotear dos kilómetros. Localizó el agujero, y levantó la vista en vertical desde él. ¿Podría ser que el hilo llegase al cielo?

Pero, bueno, después de todo, más allá del cielo, las estrellas se extendían por el infinito, a distancias inmensas. No era posible.

De repente vio algo que le hizo estremecerse.

En el cielo, casi sobre su cabeza, había una especie de... línea muy fina de luz. ¿Podía ser el hilo, iluminado por el sol oculto bajo el horizonte? Pero no podía ser, pensó. El hilo era demasiado fino.

Extendió un brazo hacia la línea de luz y, mirando a lo largo del brazo como si apuntara con una ballesta, recorrió la línea hacia abajo. Descendió el brazo lo más vertical que pudo, hasta que quedó extendido en horizontal... apuntando al centro del lago Arata.

Fuese lo que fuese aquella línea, indudablemente estaba relacionada con el hilo que surgía del centro del lago seco.

El día siguiente fue también un día de gran revuelo en torno al lago seco. Conforme se acercaba, un débil olor a pescado podrido llegó hasta el olfato de Ari. También olió el estiércol de los phantes de guerra.

Las tropas de guarnición en el castillo acordonaban el lago, mandadas por el condestable del señor Haruna. Los caballeros con armadura caracoleaban en sus corpulentos phantes de guerra, haciendo apartarse precipitadamente a los campesinos que observaban tras el cordón de tropas. Los acaryas, con sus deslumbrantes túnicas azafrán, pronunciaban oraciones y solemnes exorcismos extraídos de las Sastras.

Tanto los guerreros, como los sacerdotes, como los campesinos, miraban con inquietud al cielo... en donde era claramente visible aquella especie de línea que descendía desde el cénit.

Ari pensó con humor que se habían tomado su tiempo para acudir. Y, aunque el lecho estaba ya seco y cuarteado, ninguno había puesto los pies allí.

Cuando el condestable preguntó a los acaryas sobre el orígen del misterio, éstos, a falta de otras sugerencias, llegaron a la conclusión de que la culpa era

de los aldeanos del valle. Habían habido motines, rebelándose contra su señor y su Dios, y se habían negado a pagar los impuestos. Los caballeros cortaron unos cuandos dedos, narices y orejas (cortando de paso los motines) y regresaron al castillo con la satisfacción del deber cumplido. Los acaryas consideraron prudente regresar a la aldea.

Nada de esto hizo desaparecer la línea que descendía del cielo.

Los meses pasaron. El lugar cobró una siniestra mala fama. Todos rehuían el "lago maldito", y muchos sudras se fugaron al amparo de la noche.

Ari no podía evitar pasar por allí todos los días. Así vio crecer y crecer la línea, hasta ser visible con una forma claramente cilíndrica. En días claros, podían distinguirse pequeños objetos que subían o bajaban por sus costados gran velocidad. Pero era difícil distinguirlos, y Ari con frecuencia se preguntaba si realmente existían.

Ari había reflexionado mucho sobre aquel misterio. Recordó haber visto una vez cómo tendían una cuerda entre las dos riberas de un río.

Un hombre disparó a la otra orilla una flecha, que llevaba atado un hilo delgado. Cuando los que estaban en la otra orilla lo había cogido, ataron a un extremo una cuerda más gruesa, y tirando del hilo hicieron pasar la cuerda gruesa.

Alguien estaba tendiendo una cuerda entre la tierra y el cielo.

Otro día, vio otra cosa más extraordinaria: rodeando el centro lecho seco y formando círculos concéntricos, habían surgido en una sola noche una serie de columnas muy delgadas, hechas de un extraño metal gris que reflejaba brillantemente la luz del sol. Al tocarlas, se sentían más resbaladizas que el vidrio, hasta el punto de que era imposible apoyar la mano sobre ellas. Era como intentar apresar un pez con las manos embadurnadas de aceite.

Tenían diez centímetros de grosor y alturas que oscilaban entre el metro y medio y los veinte metros. No estaban rigurozamente verticales, sino que se inclinaban hacia el centro del lecho seco... y hacia el agujero.

De día, el sol brillaba en ellas y proyectaba una compleja trama de sombras y reflejos, que cambiaba a lo largo de las horas de sol, y daba al lugar un aspecto aún más horrible que antes.

Sin embargo, Ari no se asustaba. Al contrario, lo consideraba algo propio. Después de todo, había sido él el causante. O al menos eso creía él.

Un día tomó una decisión. Fue al antiguo lago provisto de una larga sogá.

Caminó por el suelo reseco hasta el mismo centro. El agujero estaba como antes: el hilo aún se alzaba desde las profundidades, en el centro de aquel espectral bosque metálico. Probó a arrancar una de las columnas; por mucho que se esforzó, era como intentar arrancar un árbol.

Considerando que era un apoyo seguro, ató la cuerda a la base de una de las columnas centrales y empezó a descender por el agujero.

Cuando sólo había descendido unos pocos metros, y le envolvió la oscuridad más absoluta, empezó a cuestionarse si aquella había sido una de sus ideas más brillantes. En realidad no había meditado mucho su acción, simplemente recordó lo que le había dicho el taimado vendedor respecto a aquel artefacto, y se preguntó si después de todo habría algo de verdad en ello.

Bien, quizás estaba cerca de averiguarlo, o cerca de morir. Siguió descendiendo mientras tarareaba una canción.

De repente sus pies dejaron de sentir el apoyo de los bordes de tierra del pozo. Pisó algo muy resbaladizo, y fue incapaz de seguir sosteniéndose; se golpeó contra la pared. Quedó colgando de la cuerda, mientras sus brazos parecían estirarse más de lo que había imaginado que eran capaces. De no ser porque había tenido la precaución de hacer un nudo en la cuerda a cada metro, sus manos no habrían podido aguantar su peso.

Sus pies resbalaban una y otra vez, y se agitaban sobre el abismo. Finalmente consiguió enlazarlos en torno a la cuerda. Unas piedrecitas se desprendieron de la zona donde acababa la pared de tierra, y Ari esperó escuchar el sonido para calcular la profundidad del pozo. Desde luego, el pozo era más profundo de lo que imaginaba. Ni siquiera podía estar seguro de haber oído el choque de estas contra el suelo. Sintió un escalofrío y se agarró con más fuerza.

Pero, ¿qué era aquello tan resbaladizo que constituía a partir de aquel punto las paredes del pozo? Observó su brillo lechoso y opaco. Descendió un nudo con mucho cuidado y alargó la mano hasta tocar la pared del pozo. Sí, no había duda; al tacto se notaba que era del mismo material del que estaban formadas las columnas de la superficie.

Miró hacia el fondo. Había poca luz, procedente de la boca del pozo, y el fondo del mismo se perdía en la oscuridad. El material resbaladizo se extendía hasta donde alcanzaba su vista. Y entonces vio algo que le llenó de terror.

Sobre aquella resbaladiza pared, algo ascendía hacia él.

Al principio pensó que sus ojos, en su intento de ajustarse a aquella oscuridad, le estaban haciendo ver cosas irreales, pero al poco rato ya no lo dudó.

Imaginó que estaba asaltando un hormiguero gigante, y que una miríada de gigantescas hormigas guerreras avanzaban hacia él trepando por las paredes. No pudo calcular con exactitud el tamaño de aquellas hormigas, pero estaba

quizás entre los dos palmos y el tamaño de un dingo pequeño; y parecían estar recubiertas con aquel mismo material blanco lechoso de las paredes.

Sintió que el pelo se le erizaba. Empezó por la rabadilla, ascendió a lo largo de su espina dorsal y acabó en su nuca.

No se quedó más tiempo. Nunca hubiera imaginado que podía ascender tan rápido por una cuerda, pero lo hizo.

El invierno fue duro. Nevó hasta acumularse una capa de dos metros, y el cielo estaba cubierto por completo. Ari no tuvo mucho tiempo para preocuparse por el agujero. El y su familia dedicaron la mayor parte de sus energías a sobrevivir.

No supo nada más acerca de sus hermanos, y acabó por acostumbrarse a la idea de que no volvería a verlos. Tal vez estaban muertos; tal vez habían recurrido a la idea de Danim, y habían desertado para unirse a los bandidos.

Antes de quedar incomunicados, oyó el rumor de que el señor Haruna había caído prisionero en manos de Gruda. Aquello era una gran desgracia: tendrían contribuir a pagar su rescate.

Llegó la primavera (adelantada también) y la nieve se empezó a fundir. Cuando salieron de casa, un día claro y despejado, Ari no pudo contener su asombro.

Del lecho del lago Arata se elevaba una torre. Una torre que comenzaba desde el lecho seco en forma de una boca de trompeta, y subía y subía hasta perderse en el cielo, haciéndose más y más delgada por efecto de la distancia, hasta el punto de que no podía verse su final. Era tan descomunadamente alta, que parecía curvarse para acabar sobre sus cabezas.

Hasta donde se perdía la vista, la torre propiamente dicha estaba rodeada de una serie de anillos, y por su interior corrían velozmente arriba y abajo unos objetos relucientes.

La base de la torre era más gruesa, y era cinco veces más alta que la colina en cuya ladera estaba su casa. Había cuatro colosales contrafuertes que trepaban por sus costados, curvándose graciosamente.

-¿Qu...qué es eso? -preguntó su hermana Ishar, temblando, y no de frío.

-Es una torre celeste -dijo Ari-. Una babel, como dicen las Sastras. Y yo voy a subir por ella hasta el cielo.

Entró a casa y cogió el viejo cuchillo de monte de su padre, envainándolo mientras salía. Se sentía muy seguro de sí mismo, como jamás lo había estado en su vida. Tal era su seguridad, que ni su madre ni sus hermanas pusieron objeción alguna.

Medio corriendo, descendió por el sendero hasta la base.

Entre los contrafuertes se extendían cuatro amplísimas escalinatas, que conducían a otras tantas aberturas en la base, por las que podrían pasar holgadamente hasta doscientos phantes formando una fila horizontal. Ari no dudó en subir y entrar.

Se vio en una sala tan grande que el templo entero cabría en ella, y sus torres no tocarían siquiera el techo. Ari miraba asombrado a todas partes; tenía la impresión de que sus ojos se habían convertido en esponjas, ansiosos de absorber todo lo que le rodeaba.

Instintivamente, se dirigió hacia el centro de la torre. Conjeturó que allí estaría el medio de ascender. Todos los corredores tenían una disposición radial, de modo que no era posible perderse.

Pasó por salas con finalidades desconocidas para él, la mayoría vacías, algunas llenas de cosas que no sabría describir.

Cuando llegó al centro, vio unos enormes tubos semitransparentes. En uno de ellos había un objeto cilíndrico, con extremos levemente puntiagudos. Sus dimensiones eran de quince metros de largo y unos cinco de diámetro. Una gruesa compuerta permitía entrar en él.

Y eso es lo que hizo Ari.

Recorrió el cilindro de abajo a arriba, subiendo una cubierta tras otra por una escalera de caracol central. Habían gruesos ventanales en la circunferencia de cada cubierta, y muchos asientos.

Un toque de bocina le sobresaltó. Corrió hacia las ventanas, y vio cómo las paredes del tubo descendían... o más bien, el objeto en que estaba ascendía rápidamente. Se obligó a mantenerse sereno. Era esto con lo que había soñado toda su vida.

Pero cuando los sueños más anhelados se convierten en realidad, pueden ser un poco inquietantes... De repente surgió al aire libre. Miraba ansiosamente alrededor para tratar de localizar algún punto conocido, y lo vio: allá abajo estaba la colina, y su casa. Saludó, aunque tuvo la certeza de que no le verían mientras ascendía como una flecha.

Pronto pudo abarcar de una sola mirada el valle, la colina y el castillo: todo lo que hasta entonces había sido su mundo, estaba extendido ante él como si fuese un tapiz a los pies de Dios. La aldea cercana pronto entró también en su campo de visión.

Atravesó una capa de nubes, y durante algunos minutos viajó envuelto en niebla. Luego salió, y vio las nubes bajo él.

Ari estaba saturado de maravillas. Durante horas, había visto reducirse su valle al tamaño de su uña. Ya no era distinguible el lago seco. Hamasdar no era más que un punto negro al borde de la hebra plateada que era el río Hiykima.

Las nubes habían quedado atrás. El cielo, enormemente límpido, se volvió azul oscuro, luego violeta y luego negro, viéndose todas las estrellas en pleno día, y no sólo las más brillantes como era normal. La curvatura del mundo se hizo claramente visible. El Mar Verde resplandecía al este, mientras el río Hiykima prolongaba su cabecera hasta las montañas de Niquel.

En ese momento, una fuerza le aplastó contra el suelo. Las paredes del tubo parecieron correr más y más rápido. Ari subió y subió y subió y subió... ¿a cuánta altura? No podía ni imaginarlo. Todo su mundo no parecía más grande que una pelota. Las sensaciones extrañas siguieron asombrándole. Poco a poco, le abandonó su peso. Llegó un momento en que flotaba por la cabina ligero como un copo de nieve. Y, sin embargo, necesitaba un fuerte empujón sobre la pared para moverse: curioso... su cuerpo flotaba como esos globos de papel con una llama debajo, que los magos callejeros hacen volar en las fiestas.

Pero un globo flota en el aire porque es muy ligero. El, en cambio, flotaba, pero era pesado. Mejor dicho, no pesado; era como si su cuerpo se resistiese a moverse... Ari empezaba ya a distinguir entre masa y peso.

La inmensa torre celestial se adelgazaba tanto en la lejanía que no veía el extremo. Y ahora podía distinguir una especie de objeto esférico, que parecía ser el remate de la gigantesca torre.

La velocidad empezó a aminorar. Ari se vio suavemente empujado contra el techo.

Con precauciones, Ari asomó la cabeza por la puerta. No vio a nadie.

Se encontraba en una espaciosa cámara, en la que se introducía una compleja red de tubos cilíndricos y traslúcidos. La cámara tenía una forma de cilindro aplastado, como los grandes quesos del valle de Radehc. Mediría sus buenos doscientos metros de radio y, quizás, unos treinta de ancho.

Blandiendo el cuchillo, asomó la parte superior del torso. Nadie. Se fijó en que el cilindro se hallaba recubierto por argollas y asas dispuestas una al alcance de otra. Unos minutos de meditación le convencieron de que estaban pensados para sujetarse y desplazarse flotando, mano sobre mano. Envainando el cuchillo, empezó a moverse hacia el extremo del tubo.

Casi al instante sintió vértigo. Ari no sabía si estaba arriba, abajo, o de costado. Se agarró con fuerza a una de las asas.

"No puedes caer, imbécil", pensó. "Aquí nada cae, sólo es empujado".

Cuando se hubo serenado, reanudó el camino. Era fácil, una vez hubo cogido el truco: impulsar con los dos brazos, lanzarse y recorrer distancia sin más que un toque a los asideros para mantenerse en ruta.

Cuando llegó a la pared, trató de frenar asiéndose con fuerza a un asa y, casi dislocándose el hombro al hacerlo, logró parar en seco.

Estaba en la situación de una mosca dentro de un tambor, posada en uno de los parches. Examinó el nuevo entorno; las asas formaban allí seis ¿rutas? que conducían a seis minúsculas puertas, en el muro curvado de la gran cámara. Todas parecían iguales, así que escogió una ruta cualquiera y la siguió.

La puertecita no era tal puertecita, sino una puerta enorme. Los doscientos metros de radio de la cámara le habían engañado. Cuando llegó, tomó el cuchillo y empujó la puerta, que cedió con un leve chirrido de protesta. Estaba preparado para todo, excepto para lo que había.

Una selva.

Intruso no autorizado en unidad de aireación, dijo el sistema de alarma. Eliminación no cancelable. ¿Anular - Confirmar - Esperar?

'Esperar', contestó Djin/WZX-732. Ahora, el sistema de alarma tenía autorización para ejecutar la subrutina que fulminaría al intruso, aun sin una orden directa del ordenador. El sistema vigilaba, como si apuntara a la cabeza de Ari con un revólver.

Ari estaba asombrado. La maraña de árboles era casi sólida, trepando y enroscándose unos en otros como serpientes apareándose. No parecía hacer una dirección determinada de crecimiento (claro; ¿cómo sabe la planta dónde es "abajo"?). Se puso el cuchillo en la boca y saltó, ayudándose con lianas, hacia la masa arbórea.

Muy pronto descubrió que aquel vivero tenía una cúpula transparente. Su planeta era visible allí, entre las ramas, con un aspecto fantasmagórico. El cable espacial que lo unía a tierra se adelgazaba hasta perderse de vista; Ari dudaba que pudiera ver su casa junto al lago, aun cuando tuviera uno de aquellos "catalejos" que, según decían, usaban los marinos en el Mar Verde.

Varios árboles tenían frutas. Al verlos, se pasó la lengua por los labios; había cometido la mayor estupidez del mundo al no traer víveres.

¡Vaya "explorador espacial" estaba hecho! Escogió una del más cercano, verde, ovoide, de un palmo de largo; la partió con el cuchillo y probó la pulpa blanca. Insípida, pero tenía agua.

Masticando la fruta y escupiendo semillas negras del tamaño de un garbanzo, retrocedió a la cámara central de la que había venido y probó las otras puertas.

Dos conducían a la selva. Era evidente que, cualesquiera que fuesen los constructores, les preocupaba tener aire puro. Pero aquellos bosques enmarañados parecían más bien producto del descuido.

La cuarta puerta estaba cerrada y no pudo abrirla.

La quinta conducía a una enorme sala llena de grandes máquinas de metal, como aterradores ídolos de muchos brazos y piernas. No quiso entrar.

La sexta contenía objetos de aspecto menos intimidante. Eran como grandes cajas de metal gris, en cuyas caras parpadeaban interminables filas y columnas de luces de colores: rojo, azul, amarillo, verde, blanco.

Ari se sentía frustrado. Cuando por fin se hacía realidad su sueño, no se parecía en nada. Ni dragones negros, ni tesoros, ni astronaves de velas de luz, ni nada.

-¿Hay alguien?! -gritó.

-LO HAY.

Sintió un escalofrío y se arrepintió. No quería luchar con dragones negros, y menos armado de un viejo cuchillo de monte, cuya hoja había sido afilada tantas veces que quedaba reducida a la mitad del ancho original.

-¿Q-quié eres t-t-tú? -dijo.

-DJIN/WZX-732.

-¿Dónde estás? ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres de nosotros? ¿Qué...? No, espera, ¿qué eres? -espetó Ari de un tirón.

-SOY EL (ininteligible) DE ESTA (ininteligible).

-No comprendo.

-ACLARACIÓN: ESTAMOS EN UNA ESTACIÓN DE (ininteligible) TORRES ORBITALES, Y YO SOY EL (ininteligible) ENCARGADO DE VELAR POR SU CORRECTO (ininteligible). ¿COMPRENDES?

-A duras penas.

-TE INFORMO QUE ESTÁS BAJO (ininteligible) Y SI HACES EL MENOR MOVIMIENTO SOSPECHOSO QUE ME PUEDA (ininteligible), MORIRÁS EN MENOS DE UN (ininteligible).

Ari no acababa de comprender.

-Un momento, un momento. Y-yo no intento nada contra tí, sólo...

-¿CÓMO HAS (ininteligible) HASTA AQUÍ?

-Bueno... tú debes saberlo, Djin-no-me-acuerdo.

-DJIN/WZX-732. RECIBÍ LA SEÑAL DE (ininteligible) E INICIÉ EL CRECIMIENTO DE LA TORRE ORBITAL HASTA (ininteligible). ENTONCES VINISTE TÚ. REITERO: ¿CÓMO HAS (ininteligible) HASTA AQUÍ?

-Dime antes dónde estás.

-EN MI MAYOR PARTE, AQUÍ.

-¿Qué quieres decir con "aquí"?

-LA PALABRA "AQUÍ" SEÑALA EL LUGAR DONDE SE ENCUENTRA EL HABLANTE, O UN LUGAR PRÓXIMO AL HABLANTE EN CORRELACIÓN CON "ALLÍ"...

-Bueno, bueno, bueno. Lo que quiero decir es, ¿por qué no sales donde te vea?

-ME ESTÁS VIENDO.

Ari abrió mucho los ojos. No veía otra cosa que las grandes cajas de metal con luces cambiantes.

-¿Estás intentando decir que eres una máquina que piensa?

-MODESTAMENTE, SÍ. AHORA: ¿CÓMO HAS (ininteligible) HASTA AQUÍ?

Le tocó a Ari el turno de narrar su pequeña odisea. Aquello le permitió a Djin/WZX-732 mejorar su vocabulario, hallar semejanzas y diferencias, y conjeturar probables mecanismos de evolución que le facilitaron comprender el idioma actual del planeta.

Luego fue su turno de contar su historia.

Quinientos diecisiete años estándar atrás, la torre que mantenía unida su estación geosincrónica con el suelo del planeta se había partido y había caído, provocando una colosal catástrofe. El planeta se había visto envuelto en un invierno nuclear.

Veinte mil kilómetros de torre, cayendo desde la órbita, abrieron un surco de lava en la corteza, arrojando a la atmósfera polvo y ceniza volcánica formados por minúsculas partículas de roca vaporizada y condensada. El planeta quedó rápidamente envuelto en nubes, reduciendo su temperatura en más de veinte grados.

-PERMANECÍ GIRANDO EN TORNO AL ECUADOR DE VUESTRO MUNDO HELADO - concluyó el "ordenador", palabra hasta entonces desconocida para Ari-, ESPERANDO LA OPORTUNIDAD DE VOLVER A TENDER LA TORRE. MANDÉ SEMILLAS, QUE ACTUARÍAN SI ERAN ACTIVADAS POR HUMANOS, Y ME SUMÍ EN UN ESTADO DE MÍNIMA ENERGÍA, CON SÓLO UNA PARTE DE MÍ MISMO VIGILANTE.

-Y finalmente se activó una semilla. Gracias a mí -suspiró Ari.

-SÍ. POR CIERTO, HE ANULADO LA ORDEN DE DISPARARTE A LA MENOR SOSPECHA.

Ari sintió un agradable cosquilleo de alivio entre sus hombros.

-Muchas gracias, amigo.

-DE NADA. AHORA, EL SISTEMA SÓLO TE MATARÁ POR ORDEN MÍA.

-Es un consuelo -dijo Ari, no muy convencido. Luego añadió:-. ¿Y qué vas a hacer ahora?

-POR LO QUE ME HAS CONTADO, EL TEATRO DE GUERRA DEBE HABERSE ALEJADO DE TU PLANETA -dijo el ordenador-. NO DISPONGO DE INSTRUCCIONES CONCRETAS, LO QUE SIGNIFICA QUE SOY LIBRE PARA ASUMIR MI DIRECTRIZ SECUNDARIA.

-¿Y cuál es?

-AYUDAR A LOS SERES HUMANOS. MEJORAR SUS CONDICIONES DE VIDA EN LA MEDIDA EN QUE ME SEA POSIBLE. DARLES NUEVO ACCESO AL ESPACIO...

Ari se sintió animado.

-¿Quieres decir... a salir de aquí? ¿A viajar al espacio, todo eso?...

-Sí.

Ari se puso a pensar.

Pasó muchos días, comió frutas, durmió e hizo muchas preguntas a Djín/WZX-732. Le preguntó cómo se sostenía en el cielo, cómo era que la gente no se caía al otro lado del mundo, por qué todo flotaba en el aire allá arriba.

Djín/WZX-732 contestó con paciencia a todas estas cuestiones. Cuando lo hubo hecho, la cabeza de Ari quedó llena de conceptos extraños como "gravedad", "velocidad angular", "órbita", etc.

Preguntó cómo conseguir que un objeto cayese sobre el mundo. Preguntó si era posible dejarlo caer en cualquier lugar, y no sólo en la base de la torre. Djín/WZX-732 contestó con un "sí" ambas preguntas y le explicó cómo.

Ari preguntó qué efectos tendría la caída de una gran piedra desde allá arriba. Djín/WZX-732 se lo explicó. Ari empezó a pensar sobre los efectos que tendría

una lluvia de piedras sobre un castillo, y una idea empezó a germinar... el resto es Historia.

Todos le llamaban Ari el Tonto. Pero después le llamaron Ari el Libertador.